

**Edificio**  
Ana García Bergua

**edeli**  
escuela de escritores



**Editorial Páginas de Espuma**



Después de tres libros de cuentos con una muy buena acogida, llega a España el cuarto libro de la escritora mexicana Ana García Bergua, titulado *Edificio*.

Este libro trata de un edificio donde cada departamento es un cuento que se entrelaza un poco con el de al lado, como ocurre a menudo entre vecinos. En él viven un militar y una señora enamorada, algunos perros y un gato, un hombre que va al psicoanalista, otro que no abre los ojos y una rubia angelical, incluso

tiene su portero con mascota en la azotea.

Y estos cuentos también son un edificio mental, literario, armado con historias que siempre se salen un poco de sí mismas para desembocar en otra parte, como ocurriría si uno espiara por las ventanas e intentara descifrar qué mundo esconden los gestos de sus habitantes.

Como muchos edificios, este puede estar en muchas partes, y sospechosamente sus espacios pueden variar de tamaño, o bien expandirse y contraerse en latidos, como sucede con las vidas de quienes pasan sus horas en ellos. Como quizá le pase a usted.

## Ana García Bergua



Es narradora. Nació en México D. F. en 1960. Estudió Letras Francesas y Escenografía Teatral en la UNAM. Ha publicado las novelas *El umbral* (1993), *Púrpura* (1999), *Rosas Negras* (2004) e *Isla de bobos* (2007); los libros de relatos *El imaginador* (1996), *La confianza en los extraños* (2002) y *Otra oportunidad para el señor Balmand* (2004), así como los libros de crónica *Postales desde el puerto* (1997) y *Pie de página* (1997). Muchos de sus cuentos figuran en antologías. En 1992 recibió la

beca para Jóvenes Creadores del FONCA y en 2001 entró al Sistema Nacional de Creadores de la misma institución. Desde 1987 hasta la fecha ha publicado cuentos y crónicas literarias en diversas publicaciones.

### De ella se ha dicho

«Se dice fácil pero no lo es tanto: debajo de toda esta sencillez hay un trabajo encomiable, tan preciso como invisible. En ello García Bergua es estupenda: oculta su esfuerzo pero de algún modo lo sugiere. Uno siempre sabe, mientras lee sus páginas, que tanta sencillez es una virtud literaria», RAFAEL LEMUS.

«Una escritora que domina con sutileza y humor el terreno espiritual de lo fantástico», CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ.

«Una destreza casi naturalista que ella utiliza para recrear las atmósferas más familiares, colocando en su núcleo un elemento que, apenas fuera de lugar, las hace siniestras», VERÓNICA MURGUÍA.

## LA CARTA

QUÉ LATA. ADA NO PUEDE DEJAR de vigilar los sonidos del portón del edificio al abrirse, los pasos, las llaves que tintinean, los distintos departamentos a los que llegan los inquilinos, unos violentamente, cerrando la puerta con determinación, otros inseguros, otros que añaden a su paso lento un carraspeo, un saludo, el jadeo de un perro, otros a los que reciben una música y una voz. Pero ninguno de ellos es el vecino que vive en el segundo piso. Él abre el portón de la entrada de un modo peculiar que sólo ella conoce, pisa con cierto raspar de la suela que ella se sabe de memoria y carraspea de una manera que sólo Ada cree entender. A veces siente que sus pasos se acercan a su puerta, la número 3, y la atrapa un temblor. ¿Tocará algún día, le pedirá tal vez una taza de azúcar, que le preste una vela cuando se va la luz, un consejo? Desde hace días está así, desde que aquel hombre llegó a vivir al departamento 12; no hace sino esperar a que aparezca para verlo furtivamente aunque sea un segundo por la ventana.

Qué cosas le ha despertado ese hombre, Dios mío, que la trae loca. Bajo de estatura, con la nariz ligeramente chueca, los labios finos, los ojos pequeños, resentidos. Será que le recuerda a Roque, su marido, aunque Roque no era tan anguloso. El hombre anguloso le gusta más. El día que llegó al edificio, Ada se encontraba barriendo el pasillo frente a su puerta. Entonces se abrió el portón y, al verlo, sintió que una extraña energía eléctrica la traspasaba. Se lo quedó mirando embobada, la boca abierta, los brazos caídos. Luego pensó que era imposible que esa electricidad que sentía fuera a ser correspondida, por la edad. Pero se quedó en ella y no deja de atormentarla. Se la ha tratado de quitar con pomadas y pastillas, como cuando le dan reumas o jaquecas muy fuertes. Ha intentado distraerse leyendo novelas clásicas, pero la exaltan más. Inscribió a su perro a un concurso y compró la lotería, para variar sus expectativas. Ha tomado cuanto té y licor le recomiendan para calmar los nervios, pues no puede decir a nadie otra cosa respecto a lo que le pasa: últimamente ando mal de los nervios. Bien sabe ella que los nervios solitos son bastante infelices; no sienten esta euforia, este estrujamiento. Y, por supuesto, no se atreve a decirlo: sus hijos serían los primeros en ingresarla en un asilo. Es una monserga, piensa en la noche mientras espera a que regrese —a veces regresa muy tarde, a saber dónde andará—, a esta edad no debería yo pasar por estas cosas.

El hombre deja cierto olor a colonia, un olor fresco y muy amargo, sobre todo en las mañanas cuando sale a trabajar. Ada sale a hurtadillas y aspira aquel rastro fragante. A veces lo hace también cuando lo escucha llegar en la noche. Espera un poco a que suba las escaleras y procura salir sin hacer ruido con la puerta, sólo por el

olor. No es mucho, pero basta para soñar: se imagina en los brazos de aquel hombre, el momento en que los labios delgados y los ojos resentidos pierden su frialdad y se ablandan en franca devoción por aquella que se encuentra en su interior, detrás del semblante arrugado y los pechos caídos. Sobre todo eso, la mirada que se vuelve cercana y cálida. Imagina otras cosas que, piensa, no debería imaginar, porque pertenecen a su vida íntima con Roque, la cual nunca se libró de cierta torpeza inicial, y en realidad no está muy segura de cómo debería ser eso, es decir, idealmente. Pero no le gusta enredarse así con la imaginación; entre otras cosas se le sube la presión. A cambio, piensa que a lo mejor a él le gustaría pasear al perro o mirar la televisión con ella.

Ada tiene una rutina desde que sus hijos dejaron el hogar: se levanta cada día a las seis de la mañana y abre todas las ventanas de la casa para que entre el aire, por más frío que haga. Luego se baña y se viste de falda o vestido. Se polvea la cara y espanta los olores de la edad con colonia suave. Sus hijos le insisten en que duerma más, pero ella se niega. Sus hijos pasan a visitarla de vez en cuando, algunos domingos le llevan a los nietos.

Ada le da de comer al perro pekinés, desayuna y acto seguido salen ambos, ama y perro, a dar su paseo por el vecindario. Los sábados, cuando se cruza con el vecino —ese día sale temprano en ropa deportiva y anda sudoroso, eso no le gusta de él, pero es lo único— le da pena andar con el perro, no vaya a decir que es una de estas solteronas solitarias. Un poco a su pesar, le ha dado por arreglarse ese día más que de costumbre: se pone unos tacones bonitos, de color azul, se pinta un poco. Se cruzan y disimula; no estaría bien que fuera ella la que saluda primero. Él hace un gruñido, que en cámara lenta

se podría interpretar como un buenos días muy vago, al que ella responde fingiendo apresuramiento, con una sonrisa. No es un hombre amable, piensa Ada, ni siquiera levanta la vista al gruñir, pero qué le va a hacer. En las tardes saca al pekinés a hacer sus necesidades a la esquina y trata de espiar la ventana del hombre, siempre cerrada, con las cortinas corridas. No encuentra ocasión de preguntarle al portero a qué se dedica el hombre del 12, pues se pone nerviosa; ni siquiera osa indagar cómo se llama.

Pasan los días y el perro pekinés, que se llama Ricki, comienza a resentir los efectos del enamoramiento de su dueña. Ada ya no le hace los cariños con que antaño casi lo asfixiaba; ha olvidado comprarle las croquetas especiales con que premia su buen comportamiento e incluso ha dejado de llevarlo al peluquero, una de las razones por las que Ricki pierde el concurso. Los sábados espera a sacarlo a pasear hasta casi el mediodía, pues el hombre sale a correr más tarde, y Ricki sufre accidentes en la alfombra.

Sin embargo, es gracias al animalito que el hombre anguloso le da, finalmente, los buenos días, una mañana de domingo en que se cruzan en la calle. El hombre está alegre aquel día, lleva un traje blanco de lino muy hermoso, y se agacha para acariciar al perro. Luego, sin mirarla, le pregunta cómo se llama. Ada, responde ella transida, casi sin poder respirar. Qué bonita, dice él, y le hace un gesto de cariño al perro: adiós, Ada. Entonces Ada se da cuenta de que le preguntó por el nombre del perro, no por el suyo.

Regresa a su departamento desasosegada. El episodio la hace sentirse invisible, poco menos que inexistente, como cuando sus hijos estaban chiquitos y alguien aca-

riciaba a alguno en la calle o le hablaba, y ella respondía en lugar del niño o contaba alguna cosa sin que la escucharan, como si fuera el ventríloco de un muñeco famoso. También le da vergüenza pensar que el vecino se vaya a enterar de que es ella la que se llama Ada y qué va a interpretar de que le haya puesto al perro su propio nombre. Ese día se queda en su casa con dolor de estómago. Ya no quiere volvérselo a encontrar, sentir esa punzada que le recuerda a sus quince años y que a estas alturas le parece ridícula. Pero no puede evitar estar pendiente de la puerta. Si por lo menos supiera algo más de él, quizá se le quitaría aquella tentación tan grande.

El cartero pasa los martes, como a las diez de la mañana. A esa hora, muchos inquilinos han salido, las sirvientas lavan ropa, los niños andan en la escuela. El cartero deja un montón de cartas sobre la repisa del zaguán, que luego el portero distribuye. Ada sale a buscar su correspondencia, que suele ser poco interesante: el saldo de la tarjeta, la cuenta de la luz y del teléfono. En cambio, la correspondencia dirigida al número doce es nutrida y variada. Ada se sobresalta mientras baraja los sobres y lee el nombre de quien le roba el sueño: Alfredo Pichardo. Está suscrito a una revista de carreras de autos y otra para ejecutivos; también recibe el catálogo de una casa de subastas. Todo un hombre, piensa, evocando su olor y la chamarra negra de cuero con que a veces lo ve salir en las noches. La verdad es que nunca hubiera pensado en mirar sus cartas. Haberlo hecho le deja una sensación extraña de culpa, mezclada con un gusto oscuro.

Ahora, cuando se cruza con Alfredo en la calle, imagina que dice su nombre: buenos días Alfredo. Alfredo, en cambio, saluda al pekinés: hola, Ada. Ella quisiera

explicarle que Ricki es machito como él, pero prefiere dejarlo así. Quisiera también que esta locura se le pasara, que no se le convirtiera, como le está ocurriendo, en una curiosidad mórbida.

Su hija le regala un rompecabezas de la Mona Lisa: cinco mil piezas. Armado, calcula, abarcará la mitad de la mesa del comedor. Se puede barnizar y colgar en la pared. Ada se sienta en las tardes a armar el rompecabezas con la esperanza de distraerse, pero el ruido de las entradas y salidas de Alfredo la sobresalta. Los martes mira por encima su correspondencia, sin tocarla siquiera, pescando nombres o palabras que danzan en su mente a lo largo de la semana y que le hacen imaginarse un poco su vida. Hasta que aparece en la repisa del zaguán la primera carta de Silvia. Silvia Izaguirre, de Mazatlán, Sinaloa. Si se apellidara como él, Ada pensaría que es una sobrina, una hermana, pero otra carta de Silvia, a la semana siguiente, parece quererle responder: Silvia Izaguirre Ledesma, escrita con una letra garigoleada, gorda, infantiloides, tan distinta de su sobria letra Palmer de instituto para señoritas. Ada comienza a sentir cosas extrañas: ya no sólo los nervios al verlo o aquella cosa oscura, sino también un pequeño dolor en un sitio que no sabría encontrar si se lo preguntaran. Justo cuando ya armó los ojos de la Mona Lisa.

Un sábado ve salir a Alfredo con una maleta. Un taxi lo pasa a recoger. Ada lo ve desde la ventana y se suelta a llorar como una colegiala: pues ¿qué esperaba?, ¿que un hombre como ese no tuviera mujer, mujer de su edad o incluso más joven? Los días siguientes se le pasan lentos. Ricki ladra en las noches. Ada se queda en la cama hasta las ocho, para encontrarse con que el perrito ya se orinó en la alfombra.

Alfredo regresa de su viaje. Ada lo siente venir, mientras está armando la nariz de la Mona Lisa, con la misma electricidad que no deja de marearla. Tostado por el sol, parece una especie de carbón ambulante, pero a ella se le sube la presión, le dan ganas de ir al baño y se tiene que preparar un té de valeriana. Por la noche se mira en el espejo del baño; hace mucho que no se estiraba la piel de la cara como hace ahora, buscándose la juventud; quizá desde aquella vez en que sospechó que Roque tenía una amante. ¿Cómo se vería ella alisada? Sería como una hoja en blanco. Ay, Dios mío, ahora sí se ha convertido en una vieja ridícula. Ojalá se le pase pronto. Se aplica a seguir el rompecabezas, pero no se puede concentrar: Alfredo debe haber estado con Silvia en estos días, y ella durmiendo o soñando despierta esas cosas que la incomodan tanto.

A la semana, otra carta de Silvia entre aquellas que baraja distraídamente, dizque buscando las suyas. El sobre no está muy bien cerrado; en una esquina, el papel se levanta. Ada lo trata de despegar un poco más, a ver si alcanza a mirar, y sin querer lo rompe. Se queda helada, ¿y ahora qué hará? Para colmo, entra el portero en ese instante. Si Alfredo pregunta quién rompió su carta, el portero la podría culpar. No lo piensa mucho; esconde la carta entre las suyas, da al portero un buenos días apresurado y se mete a su casa con el corazón bombardeándole el pecho, como si acabara de robar un banco.

La carta está ahí, mirándola, encima del rompecabezas. ¿Y ahora?, ¿cómo pega el sobre? Abre un cajón donde guarda el pegamento, la cinta de pegar, y, mientras, esa misma vocecita oscura que últimamente anda adentro de ella le indica que podría sacarla con cuidado

y leerla. Así se enteraría bien de quién es la tal Silvia. Todavía estudia un poco el sobre con la letra regordeta; incluso lo huele: está un poco perfumado. Ada evoca la colonia de Alfredo y se le nubla la vista. Después mete dos dedos e intenta sacar la carta por la rotura: el sobre se rompe un poco más. La carta sale como una almendra del cascarón.

Apenas la puede leer por encima: enseguida brincan ante ella unas palabras fuertes, apasionadas, que jamás podría decir. Le da mucha vergüenza estar leyendo esas cosas y varias veces duda de si seguir, pero se obliga, como cuando toma aquella medicina de tan mal sabor. Silvia no puede estar un día más sin Alfredo. Yo tampoco, piensa Ada. Va a venir a verlo, dice la mujer, corre a sus brazos, no se puede aguantar después de los días y las noches que pasaron en Mazatlán. Lo esperará cada día a que salga del banco, insiste, para comérselo vivo. Ada queda cimbrada; se marea y deja caer el rostro encima de la mesa. Está llorando como una colegiala, como cuando se enamoró de aquel muchacho a los dieciséis y le dio fiebre.

Por fin se ha enterado de lo que hace Alfredo: es ejecutivo del Banco de Comercio. Se imagina las manos que han firmado cheques durante toda la mañana, esas mismas manos acariciando después a esta mujer; dadas las circunstancias, podría ser que lo quisiera por interés. Las manos peludas de Alfredo, su aroma amargo y sucio. Silvia anuncia una fecha en su carta: domingo 23, dice. Llego el domingo 23 al mediodía, tomo un taxi, no vayas por mí, espérame desnudo en la cama y con lo que tú ya sabes en la mesita. Santo Dios, ¿qué será eso que él ya sabe? Ada no se considera de esas señoras mochas que andan viendo al diablo por todas

partes, pero de repente se ha espantado: el dinero, esa lujuria, su propio enamoramiento, ya es mucho. Tiene que hablar con alguien, quizá con ese padre Pacheco que le cae bastante gordo, ni modo, a ver cómo le saca de adentro tanto mal.

Aquella decisión la tranquiliza un poco. En sus manos tiene la carta arrugada, mojada de lágrimas y sudor. Buena parte del rompecabezas está deshecha y Ricki llora en un rincón, como si lo hubieran castigado.

Ada ya no saca a pasear a Ricki en las mañanas, pues le da miedo cruzarse con Alfredo. Ahora no va a recibir la carta, y ella siente culpa por meterse con él de aquella manera. Culpa y ese mismo gusto oscuro, porque quizá por ella no va a ver a la otra, no recibió la carta, no sabe que viene y no la esperará como ella quiere.

Silvia llega en domingo, justo el día en que vienen sus hijos a verla, domingo 23, al mediodía. Mejor, así no podrá estar pendiente, asomada a la ventana. Se distraerá, no pensará en que este hombre está esperando desnudo a Silvia en su cama y con ese misterio en la mesa de noche. El cuerpo tostado del hombre será como el de Roque, quizá. A ella le gustaba, pero nunca se atrevió a decírselo. Decide que irá a misa de siete y se confesará con el padre ese insoportable. Luego verá a su familia, sus hijos, sus nietecitos tan monos. Borrón y cuenta nueva, página en blanco. En la semana, Ada se fuerza y saca a Ricki a pasear como antes.

Ese domingo se levanta a las cinco de la mañana, no lo puede evitar. Podría hacerlo después, pero está de los nervios: ¿cómo será la Silvia? Joven, atractiva, una de esas cazafortunas. Ejecutivo de banco, qué podría esperar, capaz que hasta lo empuja a hacer alguna fechoría. Y quién sabe si él acepte. Por primera vez, siente un

poquito de rencor hacia Alfredo; no se puede quitar de la cabeza que fue hasta Mazatlán a ver a la otra. Bueno, la otra... ¿y ella qué sería?

Aprovecha lo temprano que es y se arregla para salir a pasear a Ricki, que va pegando brinquitos alrededor de su dueña. Después regresan a la casa, le da sus croquetas, desayuna, se va a misa como se lo propuso. Comulga, pero al final no se confiesa: ¿cómo va a contarle al padre Pacheco una cosa así? Que se enamoró del vecino, Dios mío, del vecino más joven que ella. Lo dice y le parece absurdo. Prepara la comida para sus hijos, que llegarán temprano. Primero Andresito, que ya está en el doctorado y luego Lidia, con su esposo y sus niños, su hija que le regaló el rompecabezas, el cual yace un poco abandonado desde que se le deshizo. Ada juega con ellos, platican de mil cosas, les enseña el pedazo de rompecabezas terminado. Tiene tentación de justificar que sea tan poco, pero le asusta delatar que lo desarmó en una crisis de nervios. Además se acerca el mediodía.

Por más que lucha conversando, preparando botanas y tratando de distraerse, Ada no puede aguantarse; no deja de asomarse a la ventana con cualquier pretexto cada vez que escucha el motor de un coche acercarse. Ya siéntate, mamá, le dicen. Ya voy, es que el portero me encargó que si venía su sobrina le diera un paquete. Los autos pasan de largo y la acera está desierta; hasta ahora, han venido los testigos de Jehová que pasan todos los domingos y un par de familias han salido, pero nada más. Luego entra un vecino con su perro, y llega en un taxi una señora como de su edad, vestida de huipil, la clásica cacatúa pero enanita, enanita, qué graciosa, casi como de circo. También llegan una familia, dos señoras y un niño con cara de aburrimiento, una jovencita con

una mochila, pero nadie más. Se va a sentar con sus hijos y toma una buena cucharada de sopa, pensando que no vaya a ser la criatura de la mochila, sería una perversidad imperdonable. Quizá la visita de Silvia se canceló, pues Alfredo nunca recibió la carta. Gracias a ella.

Cuando va a servir el guisado de res, su oído finísimo percibe, no puede evitarlo, la puerta de Alfredo, la puerta que cierra de un modo peculiar que sólo ella conoce, el raspar de la suela que ella se sabe de memoria, su carraspeo y un grito entusiasmado. Frente a la mirada atónita de su familia, Ada lanza otro grito, casi al borde de las lágrimas, deja el platón en la mesa y corre a la ventana, poseída por unos celos que la devoran, un dolor en el pecho que, piensa, la va a matar. Debajo de su ventana, Alfredo ha salido del portón y abraza a la enana del taxi, sin tener en realidad que agacharse mucho. ¡Silvia, amor mío, estás aquí!, ¡Alfredo, Alfredo! Y es aquello un resplandecimiento de sonrisas, abrazos, sobaduras, complicidades entre los dos que, como niños, entran por el portón. Ada, por su parte, se ha quedado fría. Voltea y se da cuenta de que sus hijos la miran sorprendidos. Se recompone y regresa a sentarse a la mesa del comedor. Perdonen, una que es chismosa. Todos se ríen y se ponen a hablar como siempre, pero ella se queda pensando, mientras toma la ensalada, cómo no se dio cuenta de lo chaparro que es, qué barbaridad, de verdad que el amor puede hacer milagros. Y mientras lo piensa, Ricki vuelve a hacer uno de sus estropicios en la alfombra.